

SEMBLANZA

ANDRÉS BELLO

(1781 – 1865)

Cecilia Magadán

Universidad Nacional de San Martín

Profesora y Licenciada en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Master of Science en Lingüística (Georgetown University). Master en Educación (Teachers College, Columbia University) y Doctora (PhD) en Alfabetización, Lengua y Tecnología (Columbia University). Se desempeña como profesora en institutos de formación docente, en el Profesorado Universitario en Letras de la Universidad Nacional de San Martín y en la Carrera de Especialización en Procesos de Lectura y Escritura-Cátedra UNESCO (UBA). Forma parte de la Cátedra Libre de Estudios filológicos Latinoamericanos “Pedro Henríquez Ureña” (FFyLL, UBA). Es autora de artículos académicos, libros y materiales didácticos, en particular sobre la integración de TIC en la enseñanza de lengua y literatura. Sus investigaciones se centran en literacidades multimodales, particularmente en espacios de enseñanza de lengua.

Contacto: cmagadan@unsam.edu.ar

ORCID: 0000-0002-4771-4372

Andrés Bello: estampas de un maestro humanista

Y ya que la guerra de los lenguajes es general, ¿qué hemos de hacer nosotros? Al decir nosotros quiero decir los intelectuales, los escritores practicantes del discurso. Es evidente que no podemos huir: por cultura, por opción política, hemos de comprometernos, participar en uno de los lenguajes particulares a los que nos obliga nuestro mundo, nuestra historia. Y, no obstante, no podemos renunciar al goce, por utópico que sea, de un lenguaje descolocado, desalienado. Así que hemos de sostener en la misma mano las riendas del compromiso y las del placer, hemos de asumir una filosofía plural de los lenguajes.

Roland Barthes, “La guerra de los lenguajes”, 1973

Hace unos 240 años (más precisamente, el 24 de noviembre de 1781) nacía en Caracas (Venezuela) Andrés Bello, hijo de Bartolomé y Ana Antonia, y el mayor de ocho hermanos. Varios rasgos de familia permitirían quizá anticipar la sensibilidad estética que Bello desplegó en su enorme obra, por ejemplo, el hecho de que su padre era músico (además de abogado) y de que su abuelo materno fue uno de los pintores venezolanos más importantes en tiempos de la Colonia. En su visita a Caracas entre 1799 y 1800, Humboldt registró este aire hogareño de la pequeña burguesía y apuntó en su diario: “Varias familias de Caracas tienen una sed de información, un conocimiento de las grandes obras de literatura francesa e italiana, y una marcada predilección por la música, que se cultiva con gran dedicación” (cit. en Jaksic, 2001).

Bello siempre fue maestro, porque como a él mismo le gustaba destacar en sus escritos, un buen maestro ha de ser siempre un buen aprendiz. Su educación formal comenzó en el Convento de las Mercedes, a algunas cuerdas de su casa, y hasta 1796 tuvo como supervisor a Fray Cristóbal de Quesada, un latinista con quien tomó sus primeras lecciones de gramática y literatura a través de la poesía de Horacio y Virgilio, sin olvidar los clásicos castellanos. En 1797, Bello ingresó a la Real y Pontificia Universidad de Caracas para obtener su grado de Bachiller en Artes. Para ese entonces, Bello ya había aprendido a leer francés y poco más tarde,

también de forma autodidacta (con ayuda de una gramática y un diccionario), el inglés.

Apenas dos años mayor que Simón Bolívar, en 1797 Bello se convirtió en su maestro; a él le enseñó literatura y geografía durante casi dos años, tal como Bolívar lo recordaría con admiración en sus cartas aún después de todas las tensiones políticas que los llevaron a distanciarse. Cuenta Amunátegui que su trabajo como maestro particular no le representaba demasiados ingresos y que “Uno de los muy raros que dio a Bello por honorarios algo más que buenas palabras, fue Bolívar, quien le obsequió un traje completo, esto es, un pantalón y una casaca de paño” (Amunátegui, 1822: 27). Durante la misma época, consagrado a completar sus estudios universitarios y antes de iniciarse en cargos administrativos, Bello conoció a Humboldt y aprendió de cerca en qué consistía el trabajo de un naturalista; lo acompañó en sus excursiones, a pesar de que sus condiciones físicas no le permitían completar todas las travesías.

Ya en 1802, y aún sin haber concluido sus estudios en leyes, Bello se sumó como funcionario al gobierno de la Capitanía General. Participó, entre otros, de dos eventos clave: la introducción de la imprenta en 1808 y la creación de la Junta en 1810. En esos años comenzó a escribir poesía y a incursionar en el periodismo como frecuente colaborador para la *Gaceta de Caracas*; también produjo dos obras de importancia: *El análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana* y el *Resumen de la Historia de Venezuela*.

El año 1810 marcó un giro en la vida de Andrés Bello: con 29 años, se embarcó a Londres como Secretario de la misión diplomática que encabezaron Simón Bolívar y Luis López Méndez. Llegarían a Inglaterra con el fin de difundir los objetivos de la revolución que se había iniciado en Caracas y obtener el apoyo de aquella nación. Fue en Londres donde Bello continuó su formación, aunque su perfil intelectual destacado (y también su conocimiento del inglés) fueron sin duda razones para que formara parte de esa misión. En palabras de Caldera (1977): “A pesar de la fructuosa influencia de la cultura inglesa en su vida, Bello no se hizo un sabio inglés, sino un sabio americano” (51). Durante su larga estadía en Londres, por casi 20 años, Andrés Bello estudió y escribió, no sin padecer urgencias económicas. Retomó su labor periodística con la *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*, publicaciones en las que desarrolló su ideario para consolidar las naciones americanas. También en Londres se casó, enviudó al poco tiempo y volvió a casarse. De sus dos matrimonios, tuvo en total quince hijos, ocho de los cuales nacieron ya en Chile y solo cuatro sobrevivieron a él.

El vínculo de Andrés Bello con Chile se inició ya durante su estadía en Londres: en 1822 fue designado Secretario de la Legación Chilena hasta

que, en 1825, recibió una oferta de traslado para trabajar en la Legación de Colombia. Sin embargo, los problemas políticos y económicos de Colombia crecían e implicaban mayores contratiempos para cubrir las necesidades familiares de Bello. A pesar de que Bolívar le ofrecía reintegrarlo a su puesto de secretario, el sueldo no se modificaría; en una carta en la que le solicitaba que se reviera su cargo y su asignación salarial, Bello le comunicó a su antiguo alumno no solo la pérdida monetaria que esto implicaba para su bolsillo, sino también la humillación que sentía: “... me es sensible la disposición citada, no por el perjuicio pecuniario que me irroga (aunque, en mis circunstancias, grave) sino por la especie de desaire que lo acompaña” (Bello a Bolívar, 21 de abril de 1827, OC, XXV, 296-297, cit. en Jaksić, 2001: 125).

Así, alejado de Bolívar y con noticias desalentadoras sobre las escasas oportunidades de volver a su tierra, en septiembre de 1828 Bello aceptó de inmediato el contrato que le ofrecía Chile como Oficial Mayor en uno de los ministerios en Santiago. Cuando Bello y su familia ya habían partido para Chile, Fernández Madrid, un amigo en común, recibía una carta de Bolívar en la que le rogaba interceder para retener a Bello y en la que reconocía su influencia intelectual como maestro en su juventud:

Persuada Vd. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo: y él digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto.” (Bolívar a Fernández Madrid, Quito, 27 de abril de 1829, en *Cartas del Libertador*, VII, pp. 127-128, cit. en Jaksić, 2001: 128)

Chile será para Bello el lugar donde se consagrará como maestro. Su labor docente se desplegó en diferentes ámbitos: en clase (en el Colegio de Santiago, en el Instituto Nacional y como Rector de la Universidad de Chile), en sus artículos periodísticos sobre educación, en su tarea legislativa. Durante sus años en Chile comenzaron a circular sus más destacadas publicaciones: la *Filosofía del Entendimiento*, la *Gramática castellana* y la mayor parte de sus trabajos filológicos, su *Historia de la Literatura*, sus estudios de crítica literaria, sus poesías, los *Principios del Derecho de Gentes*.

Andrés Bello murió a los 84 años, el 15 de octubre de 1865. Aunque no pudo regresar a Venezuela, logró volver a América para enseñarnos desde aquí toda su obra. Pedro Henríquez Ureña se refirió a él como un “creador de civilización” quien desde Londres “lanzó la declaración de nuestra independencia literaria”, y –podríamos agregar– desde su

Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos, nos continuó desafiando para independizar la enseñanza de la lengua del “yugo de la venerable rutina”.

Lecciones de Bello para una pedagogía americana

A grandes trazos esbozamos un retrato de la vida de Andrés Bello: las biografías minuciosas (entre ellas, Amunátegui, 1882; Caldera, 1977; Jaksić, 2001) y los estudios críticos de notables académicos nos permiten recorrer hoy el valor de sus obras gramaticales, políticas, jurídicas, pedagógicas. Sería difícil agregar algo nuevo a esas tantas páginas ya publicadas, pero la tentación recae en releer algunas ideas de Bello que vuelven a cobrar sentido desde nuestro presente, como un maestro de lengua, como un escritor practicante del discurso (para tomar prestadas las palabras de Roland Barthes), que se comprometió a participar en uno de los lenguajes particulares de “nuestro” mundo, de “nuestra” historia.

Como Rosenblat planteaba, “el purismo de Bello me parece discutible” y es también verdad que “la lengua cambia y las gramáticas quedan” (Rosenblat, 1965), pero justamente esto último hace que, desbrozando su afán prescriptivo, la gramática de Bello nos ha aportado una doctrina, una teoría (en mayúsculas, tal como el la destacaba):

Pero cuando todos los hechos armonizan, cuando las anomalías desaparecen, y se percibe que la variedad no es otra cosa que la unidad, transformada según leyes constantes, estamos autorizados para creer que se ha resuelto el problema y que poseemos una verdadera teoría, esto es, una visión intelectual de la realidad de las cosas. La verdad es esencialmente armoniosa (Bello, 1841. *Análisis ideológica de los tiempos verbales*, cit. en Rosenblat, 1965: 32-33).

Como en esa guerra de lenguajes a la que se enfrentó Bello, podemos como docentes de lengua aprender sus lecciones: frente a la realidad de las cosas, descubrir que hablar y decir siempre implican un plural. He aquí algunos fragmentos de esas lecciones que Bello nos dejó.

La lengua

“En cuanto al estudio del idioma nativo, no encuentro que sea suficiente; porque no veo que el resultado corresponda al gran número de clases destinadas a él. [...] Pero no basta indicar el mal; es preciso señalar las causas. Yo encuentro una en la superficialidad de los libros que sirven de textos, que no hacen notar los vicios en los que generalmente se incurre,

que no advierten aquellos que se nos pegan de las obras extranjeras y en especial francesas, que limitándose a nociones vagas y estériles no dan bastante noticia de las especialidades del castellano. [...] Encuentro la principal de todas en que no se leen los clásicos de la lengua, que se miran con excesivo desdén... [...] Pero en las escuelas es donde yo desearía que se adoptase otro método haciendo conocer a los niños las faltas que en el lenguaje popular se cometen (que, aunque graves, no son muchas), en vez de cargar su memoria y ofuscar su entendimiento con definiciones inexactas, que no representan los hechos de la lengua, y que realmente no dicen nada a la inteligencia del niño” (*Obras Completas*, Vol. XXI, pp. 56-57).

La escuela primaria

“La necesidad de las escuelas primarias no puede dudarse; pero ellas no son más que un medio para la adquisición de conocimientos útiles. Es preciso dar ideas, difundir nociones sanas, formar el entendimiento y el corazón. [...] Sueño, quimera, utopía, exclamarán algunos. Yo, señores, tengo una fe profunda en la perfectibilidad social. No la comprendo sin el cultivo de los sentimientos morales, ni es este inteligible para mí sin el cultivo de la inteligencia” (*Obras Completas*, Vol. XXI, p. 25).

La escuela secundaria

“Se miran generalmente los ramos que forman esta especie de instrucción como meramente preparatoria para las carreras profesionales; es decir, que se consideran solamente como un medio, no como un fin importante en sí mismo” (*Obras Completas*, Vol. XXI, p. 115).

Sobre la formación de maestros

“La generalización de la enseñanza requiere gran número de maestros competentemente instruidos; y las aptitudes de estos sus últimos distribuidores, son, ellas mismas, emanaciones más o menos distantes de los grandes depósitos científicos y literarios. Los buenos maestros, los buenos libros, los buenos métodos, la buena dirección de la enseñanza, son necesariamente la obra de una cultura intelectual muy adelantada. La instrucción literaria y científica es la fuente de donde la instrucción elemental se nutre y se vivifica” (*Obras Completas*, Vol. XXI, p. 11).

Hacia una pedagogía americana

“Es no solo una injusticia, sino un absurdo, privar de este beneficio (del de la educación) a las clases menos acomodadas, si todos los hombres

tienen igual derecho a su bienestar, y si todos han de contribuir al bienestar general. Estas clases, como las más numerosas y más indigentes, son las que exigen la protección de un gobierno para la ilustración de su juventud” (*Obras Completas*, Caracas, tomo XVIII, p. 659).

La humanidad no se repite

“Cada pueblo tiene su fisonomía, sus aptitudes, su modo de andar; cada pueblo está destinado a pasar con más o menos celeridad por ciertas fases sociales; y por grande y benéfica que sea la influencia de unos pueblos en otros, jamás será posible que ninguno de ellos borre su tipo peculiar, y adopte un tipo extranjero; y decimos más, ni sería conveniente, aunque fuese posible. La humanidad, como ha dicho uno de los hombres que mejor han conocido el espíritu democrático, la humanidad no se repite” (*El Gobierno y la Sociedad. Obras Completas*, tomo VIII, p. 286).

Lo local, lo americano

“¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infelices al espíritu de esa misma ciencia europea, y la tributáramos un culto supersticioso que ella misma condena” (*Obras Completas*, Vol. XXI, p. 50).

El maestro que dibujaba sus láminas

En el homenaje a Bello a cien años de su muerte, Rosenblat decía: “La hermandad de las ciencias y de las letras era el signo de su humanismo. Esa hermandad es hoy más imperativa que nunca. [...] Es sin duda imprescindible restablecer en nuestra educación la armonía entre las ciencias y las humanidades, y me parece que nadie mejor que Andrés Bello puede simbolizar esa unión armónica” (Rosenblat, 1965: 12).

¿Qué mejor ejemplo que el de aquel maestro que observa la naturaleza de su entorno para conocerlo y analizarlo, para dibujar sus propias láminas que ilustrarán su lección? Bello dibujó, escribió y con su propia pluma nos enseñó su propia semblanza.



Estampa tomada de: “XVI. Avestruz de América, por Andrés Bello”, en *Biblioteca Americana* (1823). Londres: Marchant.

Bibliografía

- BELLO, ANDRÉS. ([1781-1865] 1885). *Obras Completas*. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 26 vols.
- ARNOUX, E. (2008). *Los discursos sobre la nación y el lenguaje en la formación del estado (Chile, 1842-1862)*. Estudio glotopolítico. Buenos Aires: Santiago Arcos editor.
- CALDERA, R. (1977). *Andrés Bello: Philosopher, Poet, Philologist, Educator, Legislator, Statesman*. Londres: George Allen & Unwin.
- GERÓN, C. (1989) *Andrés Bello. Vida y doctrina*. Santo Domingo: Impr. Editora Tele-3.
- JAKSIĆ, I. (2001). *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- MORÉ, B. (2014). *Lengua y poder en la obra gramatical de Andrés Bello*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello
- PRIETO, F. (1966). *Andrés Bello, educador*. Caracas: Ediciones de la Dirección de Imprenta y Publicaciones del Congreso Nacional.
- ROSENBLAT, A. (1965). *Andrés Bello: a los cien años de su muerte*. Cuadernos del Instituto de Filología “Andrés Bello”. Caracas: Universidad Central de Venezuela.